

García Moreno



DOCUMENTOS HISTÓRICOS Y
ESCRITOS REFERENTES A LA
MUERTE DEL GRANDE HOMBRE.



QUITO
Folletín de El Derecho
1921

Oración Fúnebre

del Excmo. Sr. Dr. Don Gabriel
García Moreno, pronunciada
en la iglesia Catedral de
Concepción por el Pbro. don
Vicente S. Chaparro,
en las solemnes exequias del día
16 de Septiembre de 1875.

*Dilatavit gloriam populo
suo...et directa est salus in
manu ejus,... laetificabat
Jacob in operibus suis, et
in seculum memoria ejus
in benedictione.— (Mach.
lib. I cap. 3).*

Dilató la gloria de su
pueblo....con su brazo lo
salvó....sus acciones eran
la alegría de Jacob, y se-
rá eternamente bendita su
memoria.

I

Ilmo. señor: Señores:

Hay dos política: la política hu-
mana y la política evangélica; la
política de la tierra y la política del

cielo. La primera ha introducido en el mundo el sistema de las patrias; ha dividido la familia en grupos más o menos numerosos; les ha distribuído la tierra en proporciones más o menos grandes; ha separado esas porciones por mares, por ríos, por montañas, o simplemente por líneas imaginarias, y ha dicho a cada uno de los grupos humanos, señalándoles su respectiva porción: he ahí tu patria, las demás no te pertenecen.

La otra, la política evangélica, que también se llama religión, o iglesia católica, ha dicho a su vez: Está bien, pero además de las patrias terrenas múltiples y limitadas, hay una patria universal para los hijos de Dios marcados con el sello de la fe, y esta patria es el mundo. Fuera judíos, griegos, bárbaros o scitas: *in omnibus Christus.... Unus dominus, una fides unum baptismum.*

Según esta política, pues, señores, todos somos compatriotas; todos los que adoramos un mismo Dios,

profesamos una misma fe, y hemos recibido un mismo bautismo. Excusado me parece decirnos que yo abrazo con toda mi alma esta política, y creo que vosotros la abrazaréis también. Sin embargo, no por eso condeno la política humana sobre la pluralidad de las patrias; la encuentro racional y justa.

Esto supuesto, yo vengo, señores a preconizar ante vosotros la gloria de un muerto ilustre, que no nació bajo este cielo, no vivió de estas dulces auras, no pisó como propia la verde alfombra de nuestros campos; pero que no por eso fue menos nuestro compatriota en la gran patria de la Iglesia católica. En nombre, pues, de ese patriotismo, yo vengo a llorar aquí con todos los buenos, con todos los hijos de la luz, cuyo corazón viste de luto y mana lágrimas de hiel en presencia del crimen más execrable de este siglo, sobre una tumba recién abierta por manos parricidas. Vengo a colocar reverente una doble corona, la corona de los heroes y la

corona de los justos, la corona de la tierra y la corona del cielo en la noble frente de esa preciosa víctima, inmolada por el hierro y el plomo de infames y vilísimos sicarios, que se llamó Gabriel García Moreno: nombre ya caro a la historia, y tan justamente melodioso para todos los corazones nobles y católicamente patriotas.

Sí, señores: el Excmo señor doctor don Gabriel García Moreno, Presidente de la República del Ecuador, nuestra hermana, ha entrado, hace ya cuarenta días, en el mundo del porvenir, por una puerta bien gloriosa por cierto, por la puerta del martirio. Su vida inmaculada, su acendrado catolicismo y su patriotismo activo y ardoroso, afilaron el arma, forjaron el proyectil con que el odio impío de hombres sin corazón apagó prematuramente su preciosa existencia. Yo no os diré señores, cómo la traición cobarde y vendida de oscuros malhechores puso en ejecución la obra satánica del odio y de la

ferocidad; ¿a qué lastimar vuestras almas y llenarlas de horror con la imagen de un crimen tan execrable? Os diré, sí, que esa muerte sangrienta ha venido a hacer más inmortal si cabe, el nombre de García Moreno; que a la verde corona de los héroes ha venido a agregar sobre su cabeza la radiante aureola de los mártires. De hoy más esta gran figura pertenece a la historia, que se apresurará a consignarla en una de sus páginas más brillantes. Permitidme, pues, señores que anticipadamente a ella me atreva a trazaros, aunque con mano vacilante e inadecuada, la acción característica de ese hombre inmortal, que se llamó don Gabriel García Moreno

La vida de ese hombre no es tan sólo una gloria: es también una enseñanza de la más alta y trascendental importancia. Permitidme que llame hacia ella vuestra benévola atención, y que me esfuerce por trasladar a vuestras conciencias las convicciones profundas que ha

producido en mi espíritu, convicciones cuya síntesis someto a vuestra consideración en la siguiente fórmula:

El Exmo. señor doctor don Gabriel García Moreno fue un hombre providencial suscitado por Dios en estos tiempos de ateísmo social, para mostrar a los gobiernos de la tierra que la Religión Católica es la única ancha base de la prosperidad material, intelectual y moral de los pueblos.

II

Señores: Bien pronto hará una centuria que en una de las naciones más cultas, más pobladas y más cristianas de Europa hizo explosión la revolución más tremenda de que los anales del género humano guarden memoria. Poco faltó para que la infortunada Francia, esta nación tan próspera y tan poderosa cuando se honraba con el título de reino cristianísimo, y miraba como su mayor timbre de gloria el ser llamada hija primogénita de la Iglesia;

calumnias y feroces amenazas no vaciló un punto, ni siquiera le vino jamás al pensamiento de arriar momentáneamente su bandera: firme, sereno, impertérrito, inmutable siguió tranquilo el principiado camino: refugiado estaba en el arca santa de la Iglesia: ¿qué podría temer? los rayos, las tempestades, las furiosas olas del diluvio pasarán sobre su cabeza sin hacerle daño.

Al tener noticia de un folleto escrito con pluma empapada en odio, decía tranquilamente: «Dios ha permitido que apareciese un folleto contra mí y contra los Obispos, como también contra el Clero y contra la Iglesia. Me han dicho que soy llamado ladrón y tirano. Tengo razón para creer que este opúsculo repartido en dos mil ejemplares ha sido inspirado por la francmasonería. Pero este es un nuevo motivo para dar gracias a Dios, puesto que soy calumniado porque soy católico».

«La injuria es mi sueldo, decía en otra ocasión; si mis enemigos me atacaran por algún crimen que yo hubiese cometido, pediríales perdón y trataría de enmendarme; pero se conjuran contra mí porque amo de veras a mi Patria; porque trato de salvar su tesoro más precioso, la fe; porque soy y me muestro hijo sumiso de la Iglesia..... No debo, pues, contestarles otra cosa que Dios no muere». ¡Oh alma en verdad grande, oh corazón magnánimo y generoso, oh noble pecho, firme e incontrastable cual la roca contra la cual nada pueden las enfurecidas olas, oh cristiano intrépido y valeroso, digno émulo de los héroes que desafiando imperturbables la muerte sellaron la fe con su sangre!

Sí, héroe magnánimo y generoso, digno de ceñir sus sienes con el inmortal lauro del martirio.

V

La grandeza moral de García Moreno habíase encumbrado a tanta altura que sin el glorioso martirio que fue su digno remate, la obra de Dios habría quedado como inacabada e imperfecta.

García Moreno presintió el glorioso fin que le guardaba la amorosa Providencia: que no hay dicha comparable con la de sacrificar la vida por la fe. Nada hizo para evitarlo.

Ya en 1869, después de jurar que guardaría con inviolable fidelidad aquella admirable constitución, obra de su mente y de su corazón, constitución inspirada por las santas máximas del Evangelio y el íntimo y perfecto conocimiento de las necesidades de la Patria, constitución que debía labrar la felicidad del Ecuador a la sombra de la paz, de la concordia de los ciudadanos, del respeto a

los legítimos derechos del hombre y a los más sagrados e inviolables de Dios, expresó los vehementes anhelos de su alma con estas palabras: «Feliz yo si logro sellarlo (mi juramento) con mi sangre, en defensa de nuestro augusto símbolo, Religión y Patria».

Fermentaba entre tanto la conjuración y a punto estaba de estallar. Denuncia tras denuncia recibía el Presidente de que la Masonería había decretado su muerte. Nada hizo para evitarla: ni siquiera aceptó una guardia que le custodiase, porque, decía, mejor es arrojarse en los amorosos brazos de Dios que entregarse en manos de quienes pueden ser sobornados por el oro.

«No temo sino a Dios, decía a uno, y perdono de corazón a quienes así me persiguen». «Dios será nuestro impenetrable escudo, agregaba a otro: y si sucumbimos, nada más apetecible y glorioso para un católi-

ceñido sus sienes con la corona del mártir?

Pío IX, que tuvo la ocasión de conocer muy de cerca y de aquilatar los méritos y virtudes del Presidente ecuatoriano, lo saludó con los gloriosísimos títulos de «Integérrimo guardián de la Religión, Promotor de los estudios mas preciados, adicto servidor de la Santa Sede, amante de la justicia y vengador del crimen». Y cuando tuvo noticia de su muerte prematura trazó su elogio con estas pocas pero elocuentísimas palabras: «Cayó bajo el hierro del asesino víctima de su fe y de su caridad cristiana hacia su patria».

Y el sapientísimo León XIII, al poner la arrobada mirada en la esbelta y nobilísima figura del Héroe Mártir, protestó que para colgar de su tumba un elogio digno de él, menester era registrar los anales del cristianismo y reproducir la magnífica alabanza que grabó la Iglesia en los sepulcros de los mártires

Tomás de Cantorbery y Estanislao de Polonia: y así lo apellidó: «Aguerrido campeón de la fe católica que cayó bajo el puñal de los impíos en defensa de la Santa Iglesia: *Pro Ecclesia gladiis impiorum occubuit*».

Y el Eminentísimo Cardenal Gasparri, interpretando el juicio del inmortal Pontífice reinante lo llama «Católico sincero y ferviente cuyo nombre suena como un programa de impertérrita labor para la actuación de los inmortales principios del Evangelio en la vida política y social.... Hijo devotísimo de la Iglesia Católica, que se alzó impávido mantenedor de sus sagrados derechos atrayendo con esto sobre su cabeza la ira de las sectas. Padre amoroso de su pueblo que se afanó con todo cuidado en promover el bien material, moral y religioso, granjeándose de esta manera el reconocimiento de la Patria y la admiración de todos cuantos anhelan y bus-

can el bienestar verdadero de la tierra que los vió nacer».

Así corona Dios, aún en este mundo, la firmeza de la fe y el valor y constancia en confesarla. La vida y la muerte de este Gran Hombre nos autoriza para llamarlo a boca llena: Hombre de Dios: *Homo Dei*.

Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, aquí tenéis el modelo: imitadlo.

Dado en nuestra residencia episcopal de Riobamba, a 4 de diciembre de 1921, fiesta de Santa Bárbara, Patrona de la Diócesis.

✠ CARLOS MARÍA,
Obispo de Riobamba.

Por mandato de Su Señoría
Ilma. y Rvma.

N. Roberto Aguirre,
Secretario.

benignitas et humanitas apparait Salvatoris nostri Dei.

¡Dichosos los ojos que primero contemplaron a ese Parvulito bajado del cielo y en el que habitaba la plenitud de la divinidad, cual en gota de rocío se refleja y reconcentra el sol: Hijo del Eterno Padre, que en él tenía ya puestas por siempre sus complacencias, pero Hijo también de una Virgen, la más preciosa, fragante e inmaculada flor de la humanidad, que extática de amor en él encontraba sus delicias! María la primera contempló a este niño encantador que era suyo; y después de su adoración maternal, acercóse a adorar José, el varón justo y escogido entre todos, que allí representaba a los santos de los siglos pasados y futuros, él que iba a recoger, defender y canservar esta perla de los cielos para rescate de la humanidad delincuente, para tesoro y adorno de la humanidad redimida. Por último, en el humilde portal

de Belén, convocados por los ángeles que afuera cantaban la bienvenida al rey celestial, entraron sus preferidos los pobres y sencillos, pastores y labriegos, en quienes figurados estaban todos los hombres de buena voluntad para los que proclamaba el concierto angélico la paz, regio donativo del Divino Infante al presentarse en la tierra, donde venía a promover y asegurar como en el cielo la gloria que sólo a Dios se debe: *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis.*

Esos hombres de buena voluntad son los que hoy, doquiera ha brillado la luz del cristianismo, bajo todo clima, de toda raza y en toda lengua, con entusiasta alborozo van a adorar al Niño Dios recién nacido, como vosotros habéis venido aquí, amados oyentes míos. En Jesús reconocéis a la persona del Verbo, que en sí junta su propia naturaleza y la nuestra hecha

suya. pero elevada a la más alta perfección posible, para ser ante el universo y por los siglos de los siglos, el único Mesías y Salvador, el Hombre Dios, rey de cielos y tierra. La Divinidad se aproximó a nosotros, volvióse —diremos así— visible y tangible en la persona de Jesucristo; mas no sólo sus compatriotas y contemporáneos pudieron mirarle y escucharle, puesto que la humanidad entera, sin distinción de lugar ni de tiempo, a medida que le conoce y confiesa su divinidad, le ama y se abraza con él, y asemejándose a él, entra de lleno en la esfera luminosa de la verdad y el bien, que alumbrá sus caminos hacia la eterna bienaventuranza, hacia el cielo reconquistado y abierto para ella por el Libertador Divino.

No había de triunfar empero el Mesías prometido y esperado por la fuerza de las armas, ni el prestigio de humana ciencia, ni el halago de la riqueza, como

vanamente se imaginaron los judíos: su reino se fundó sobre la firme roca de la sabiduría, el cumplimiento de la ley y el auxilio de la gracia de Dios. Después de regenerar la familia, célula viviente de la sociedad, naciendo y permaneciendo en ella largos años, oculto como germen divino de nueva creación, enseñándonos con su ejemplo el valor inapreciable del trabajo, la oración casera y las virtudes domésticas, Jesús se presenta durante apenas un trienio como el Maestro enviado del cielo a revelar divinos arcanos, predicar la buena nueva, el Evangelio de la verdad y el bien, de la justicia y el amor, de la paz y la verdadera felicidad. Maestro adorable, en nuestro anhelo de verdad, ¿a quién iremos si no vamos a Vos, que sólo poseéis las palabras de vida eterna? ¿a quién escucharemos sino a Vos, sobre quien, en medio de maravillosa refulgencia resonó sobre el Tabor la voz

de vuestro Padre celestial: este es mi hijo predilecto escuchadle: *Ipsum audite?* Toda ciencia que no dimana de la vuestra o se subordina a ella, es vana; cualquier doctrina religiosa que no sea la vuestra es error y mentira.

Vos habéis, oh Dios y Señor mío, no solamente predicado la única Religión verdadera, universal, inmutable, y fundado vuestra Iglesia para conservarla a través de los siglos y propagarla y defenderla, sino que de vuestra doctrina emanan los principios y las reglas con las que tan solo puede constituirse, consolidarse y prosperar el consorcio humano, todo reino y toda república. Vos sois la piedra angular de todo edificio: si en ella no descansa, tarde o temprano se arruina y desaparece. Vos sois la cepa divina de la vida humana individual y social: sarmiento que no participe de vuestra savia, más o menos, muerto está y es leño seco e

inútil, destinado al fuego. En el ansia que nos devora de progreso, de bien y de ventura para la mísera humanidad, aun sólo en esta efímera vida terrena, Vos sólo, Divino Legislador y Rey soberano, podéis comunicar a sus guías y gobernantes algo de vuestra sabiduría, de vuestra autoridad y de vuestro amor. Tan sólo así pueden ellos descubrir y trazar las sendas que conducen a la grandeza y la felicidad siquiera relativas, que no se encuentran sino en la civilización de veras cristiana: en el adelanto simultáneo y coordinado de un pueblo y de cada uno de sus individuos, en el conocimiento de la verdad, en la práctica del bien, en la observancia de la justicia, en el ejercicio de toda caridad, amor de Dios y amor de sus semejantes.

El insuperable obstáculo a este grandioso fin es el pecado, desde el cometido por nuestros primeros padres, hasta el último

que se cometa en el último día del mundo: pecado que es la rebelión del hombre contra Dios y que merece por tanto el rechazo, la ira y el castigo de la Majestad divina eternamente. Mas el Redentor, que hoy ha nacido, viene a reconciliar al Creador con la criatura; él carga con nuestros crímenes y se reviste de nuestras iniquidades: conviértese en víctima expiatoria de la humanidad culpada, única víctima de infinito valor, digna de morir, que se inmolará en el Calvario entre dolores e ignominias sin número y sin nombre, que por inefable misterio de amor, renovará perpetuamente del Oriente al Ocaso su mística inmolación. Víctima pura, santa y eucarística: y las aguas del perdón manando están siempre de su corazón abierto, y su mismo cuerpo es alimento y remedio de nuestras almas. Subió a los cielos de donde vendrá a juzgar al mundo, y su reino no tendrá fin, y le vere-

mos todos los suyos como le vió el postrer Profeta, el discípulo amado, desde las ríscosas breñas del destierro, en medio del mar, revestido de luz y majestad, lumbrera de Jerusalén celeste, el Alfa y la Omega, el primero y el último, el principio y el fin, para premiar a cada uno según sus obras: *reddere unicuique secundum opera sua, ego sum A et U, primus et novissimus, principium et finis.* (Apo. XXI, 13).

Entre tanto Jesús sigue enseñando, guiando y salvando al mundo por medio de su Iglesia; sigue civilizando y haciendo dichosos a los pueblos por medio de sus hombres providenciales.

Hombres providenciales llamo a los que, suscitados por Dios, dotados por El de nobles cualidades, vienen a ser instrumentos suyos para realizar los planes de su Providencia en el orden social, contribuyendo así más o menos a establecer su reinado

en la tierra, como suspiraba Cristo: *advenit regnum tuum*. De este número fueron un Constantino el Grande, que dió libertad a la religión cristiana y la sacó de las catacumbas; un Carlomagno, que cimentó la civilización católica de Europa, salida apenas de las ruinas de la barbarie; un Cristóbal Colón, que la trasladó y extendió al mundo nuevo descubierto por él; y aun bajo cierto aspecto, un Napoleón, que encauzó la avenida volcánica de la gran Revolución y volvió a colocar la Religión a la base de la sociedad, y un Bolívar, que rompió las ataduras de cinco naciones y les dió independencia para que así cumplieran mejor sus destinos. Ahora ¿quién no ve que el gran ecuatoriano, cuyo recuerdo palpita hoy en todas las memorias y cuyo nombre se repite por todos los labios, don Gabriel García Moreno, pertenece con pleno derecho y evidencia a esta pléyade magnífica

de los hombres providenciales? No consideréis, señores, el teatro reducido en que él figuró, sobre el cual empero atrajo las miradas del universo; ni reparéis la escasez de los recursos de los que pudo disponer, y con los que sin embargo hizo grandes cosas: contemplad sobre todo su excelsa estatura y su resplandeciente hermosura moral, sus admirables virtudes cívicas y religiosas, el ejemplo que dió al mundo de un gobierno netamente católico en medio de la apostasía oficial de las naciones; ved cómo infundió la más vigorosa cultura cristiana a un pueblo incipiente y pobre, en una república democrática y revolucionaria, llevando así de ante mano a la práctica el presente ideal de la Iglesia de cristianizar la democracia contemporánea. Por donde vino a ejercer García Moreno, muy más allá de los límites de su Patria, influencia histórica y social indispensable, reconocida por los Pontífices

desde Pío IX hasta Benedicto XV, siendo él aclamado por los católicos del universo entero, varón de Dios, hombre de Jesucristo.

Nació hace cien años cabales, y por singular conincidencia, en la misma noche del 24 al 25 de Diciembre, como Jesús, a quien había de servir de instrumento dócil y poderoso, llevando dignamente el nombre de Gabriel, que significa fortaleza de Dios. Adalid cristiano impertérrito, egregio príncipe de su pueblo, había de ser discípulo e imitador de Cristo, sostenedor de su causa y continuador de su obra, apoyo y consuelo de su Iglesia; entre los reyes de la tierra, había de ser el primero en proclamar el reinado social del Corazón Divino, consagrándole el Ecuador, y luego sellar esta consagración ofreciéndose él mismo como víctima y mezclando, por decirlo así su sangre varonil con la sangre divina del Redentor. Así como algunos

representan a Jesucristo en su magisterio o en su sacerdocio; otros en sus virtudes íntimas, para reflejarlas y ser modelos secundarios de santidad; algunos pocos hay a no dudarlo escogidos para realizar y hacer visible en cierta manera su gobierno providencial del mundo: de éstos fue García Moreno, y a él en proporción podemos acomodar las palabras del Profeta, celebrando su nacimiento: ¡un parvulito nos ha nacido, a nuestra Patria se le ha dado un hijo preclaro y predilecto que la hará feliz llevando la banda del poder sobre sus hombros: *Parvulus natus est nobis, et filius datus est nobis, et tactus est principatus super humerum ejus.*

¡Oh Jesús, Salvador nuestro, permíteme nombrar y ensalzar en la cátedra de verdad al que te confesó y glorificó ante el mundo entero; y en el aniversario de tu nacimiento, recordar también el suyo, e invitar al

pueblo cristiano para que alborozado cante el *Te Deum* de acción de gracias por los beneficios que tú mismo derramaste a manos llenas sobre nuestra República por medio de tu siervo, óptimo y fiel, abnegado y heróico, que habiéndose purificado de sus faltas juveniles, se afaná por imitarte en el solio, siendo justo y caritativo, santo en la medida que le tenías señalada, mártir de su amor a la Religión y a la Patria, rubricando con su propia sangre el testimonio sublime de su fe, que dió al mundo clamando al morir que *Dios no muere!*

Bastaría lo dicho, señores y hermanos míos, para comprender las muchas razones que tenemos de alabar a Dios y agradecerle, en este centenario, no solamente los católicos ecuatorianos, sino los de ambos continentes. Más nosotros los hijos del Ecuador, los compatriotas de García Moreno, ¡cuánto más obligados estamos a cumplir este

sagrado deber! Recorramos ligeramente los motivos de este tributo de acción de gracias.

Ante todo, agradecer debemos a Nuestro Señor porque en nuestras playas y sobre nuestras montañas, bajo la línea que parte al mundo en dos mitades, hizo surgir al jefe predestinado, que había de mostrar en realidad a todas las gentes lo que es un gobierno sinceramente cristiano y católico, y a la par civilizador y benéfico en alto grado: no podría ya decirse en adelante que eso para la edad moderna fuese una utopía; antes quedaría comprobado que el gobierno más glorioso es el que da más gloria a Dios y ensalza su santo nombre. García Moreno el primero, después de la famosa declaración de los derechos del hombre en la Revolución francesa, reconoció, proclamó y defendió los derechos sacrosantos de Dios sobre individuos y naciones; dobló ante él la rodilla y levantó el lábaro de su causa,

estrechamente enlazado con la bandera de la Patria. No se contentó por cierto con un deísmo filosófico y teórico: a la Trinidad Augusta rindió homenaje solemnísimo, puesto que la Constitución redactada por él, aprobada por la Convención y aclamada en el plebiscito de 1869 la encañizó con estas palabras: «En el nombre de Dios uno y trino, autor, legislador y conservador del universo». Esto es hablar a lo San Luis, a lo San Esteban y a lo San Fernando. ¡Cómo se presenta sin respetos humanos ni vanos alardes, cual católico convencido, práctico y ejemplar! Los ejemplos que dieron aquellos santos reyes en el trono, los dió él en el solio presidencial de una República: toda su conducta y administración, sus actos y palabras, se orientaron suave y eficazmente hacia Dios, como la brújula busca siempre su norte. «Conservaremos ilesa la verdadera fe de nuestros mayores, aún a costa

de nuestra propia vida», exclamaba ya en 1864; y después aún más explícitamente: «La enseñanza divina, que ni los hombres ni las naciones reniegan sin perderse, es la norma de nuestras instituciones y la ley de nuestras leyes». ¡Qué antítesis la de estos principios con el soberbio y asolador *laicismo*, que pretende arrojar a Dios de la familia, de la escuela, de la política y del Estado!... «Puesto que tenemos la dicha de ser católicos, escribía en su mensaje al Congreso de 1873, seámoslo lógicamente y absolutamente, seámoslo en nuestra vida privada y en nuestra existencia política». En este año memorable fue cuando García Moreno, a la faz del universo—espectáculo inaudito hasta entonces ante los ángeles y ante los hombres, *coram angelis et hominibus*, tomó a su República, pacificada, instruída y moralizada por él, adornada ya con preciosas joyas de genuina cultura, levantóla en sus bra-

zos poderosos y la consagró al Corazón amantísimo del Hombre Dios, que en vano hasta entonces durante dos siglos había pedido y aguardado este homenaje de los reyes y emperadores. ¡Oh grande y hermosa e incontestable primacía del Ecuador, que hace poco reconoció de nuevo la Santa Sede y de que nadie le podrá despojar! Desde entonces, somos y seremos gracias a Dios y a García Moreno, y aunque rabie el infierno, la *República del Corazón de Jesús*.

Católico de verdad, supo nuestro gran Presidente que no podía tributar culto a su Dios y hacerlo reinar sobre su pueblo, propagar el Evangelio y con él regenerar a su país e infundirle nueva vida, sino por medio de la Iglesia de Jesucristo, fuera de la cual no hay salvación ni para los individuos ni para los pueblos. Cual segundo Constantino rompió con mano fuerte las cadenas que la tenían aherrrojada en el Ecuador, desde

la Colonia, y aún más desde la independencia, con el mentido patronato. A través de mil obstáculos, críticas acerbadas y oposición tenaz, celebra el Concordato de 1862, que marca el comienzo de una nueva época religiosa para nosotros. Ante el Congreso del año siguiente, levanta su voz altiva y serena, y exclama cual caballero cristiano sin miedo ni reproche: «No consentiremos en que la Iglesia siga encadenada para la ruina de la Religión y de la moral, perdición del Clero y desgracia de la República». Lo que no permitió en su propio país, ¡cuánto habría deseado impedirlo afuera, a ser posible! Si carecía de ejércitos y de flotas para ello, no le faltó subime entereza y valor para protestar él sólo en medio del cobarde mutismo de los otros gobiernos, contra la usurpación de los Estados Pontificios y la situación precaria, intolerable, contraria a su innata y necesaria inde-

pendencia, que se le hacía desde luego al Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra ¡Ah! si es cierto, como dice San Ambrosio, que nada ama más que la libertad de su Iglesia, ¡cuánto debió de amar a García Moreno, sellándole con el sello de los predestinados y de los providenciales!

Formad vosotros mismos, señores, si lo alcanzais, el recuento de los bienes que desde aquel momento ha producido entre nosotros la legítima, santa e inalienable libertad de la Iglesia, combatida después a menudo, pero jamás perdida: influencia inmediata y saludable de la autoridad del Sumo Pontífice sobre nuestro católico pueblo, erección de nuevas diócesis, elección libre y gobierno puramente eclesiástico de los Obispos, mejor preparación del Clero en los seminarios, reforma ineludible pero fecunda de las comunidades religiosas, introducción de dos congregaciones beneméritas,

la de Lazaristas para los Seminarios y la de Redentoristas para las misiones, extensión de éstas al Oriente, educación integramente cristiana de la niñez y de la juventud; el levantarse el nivel de la moralidad pública y bajar el de los crímenes, delitos y vicios; la honradez, la justicia y la caridad arraigándose más y más en nuestro suelo como árboles gigantescos de inagotable y delicioso fruto. Todo, todo se debió a la libertad devuelta a la Iglesia, al discreto apoyo que recibió del magnánimo Presidente, a la concordia sincera de las dos potestades, y al establecimiento práctico y lógico de un gobierno de veras cristiano, que no bien fue conocido, fue la admiración de todos los católicos extranjeros.

Si después de aquella época de regeneración moral y religiosa, sucedió otra de luchas, persecuciones y decaimiento de ánimos, que ¡ay! por desgracia ha causado tantos males y aún

habría trocado, decidme, esta querida patria nuestra en vergel hermoso, fragante y ameno, de variadas flores, de arbustos frutales y plantas medicinales, entre las que descollaban ya árboles corpulentos y coposos; elegantes y poéticas palmeras?... han pasado los años: en el huerto patrio ha crecido la maleza, y rachas de tempestad lo han sacudido y talado en parte; pero aún existe, vive Dios, y todavía florece y fructifica. Padres y madres de familia, que anheláis la educación cabal y cristiana de vuestros hijos, rendid tributo ferviente, de acción de gracias al Señor, que aún os conserva la obra educativa de García Moreno, pero se os exige hoy más que nunca vuestra cooperación: uníos estrechamente para sostenerla a costa de cualquier empeño, de cualquiera lucha y sacrificio. Este es vuestro más estricto deber; cumplidlo, so pena de traicionar vuestras más sagradas obliga-

ciones: hé ahí la campaña y cruzada que habéis de emprender, como primera consecuencia práctica de estas fiestas centenarias: ¡Dios lo quiere, Dios lo quiere!

¡Cuánto amó aquel gigante a los párvulos y adolescentes, a las niñas delicadas y candorosas de su patria, complaciéndose a menudo en ir él mismo a examinarlos, estimularlos y premiarlos en escuelas y colegios! Mas su corazón se derritía por decirlo así, a la vista del dolor y la desgracia, y sobre todas sus obras están las de su misericordia, como dice el Salmista de las de Dios. Recordad, si no, la reorganización de nuestros hospitales, hospicios y lazaretos, que él iba a visitar en persona, para asegurar allí orden, aseo, cuidado, víveres, remedios y cuanto se necesitaba, No satisfecho con eso, trajo de Francia a las abnegadas Hijas de la Caridad para cuidar de los enfermos, a las Hermanas del

Buen Pastor para la preservación o conversión de las pobres muchachas condenadas al vicio por la pobreza, si no hubiere mano maternal que les aleje o levante de la caída. Niños expósitos, huérfanos y viudas, ancianos desvalidos, infelices dementes, y aun los mismos criminales, todos encontraban en él un padre tierno; y su obra es la que todavía subsiste, y cuantos quieran hacer el bien a esos desgraciados, tendrán que imitar a su insigne benefactor. Aquel corazón que parecía de bronce, enternecíase y a veces sollozaba ante los dolores de su pueblo, porque semejante ya al de Cristo, sentía y exclamaba entrañablemente como él: tengo compasión de este pueblo *mise reor super turbam*. ¡Acaecía alguna espantosa catástrofe como la del terremoto de Imbabura? Allí estaba él para socorrer a las víctimas, reparar los daños, infundir nuevo aliento con el prestigio de su genio y el he-

roísmo de su caridad. Nadie como él ha merecido ser aclamado Regenerador y Bienhechor de su pueblo.

Beneficios suyos son igualmente las obras materiales que, no obstante la escasez del erario, emprendió y logró concluir o dejar muy adelantadas, a fuerza de talento; actividad, economía y vigilancia. Aunque de orden inferior a los morales, bienes son éstos que también hemos de agradecer a la Providencia Divina y al que le sirvió de mensajero y administrador, Mirad esa primera carretera nacional, que enlazó nuestras provincias centrales. y les dió mayor vida agrícola y comercial: todavía está sirviendo, no obstante su casi completo abandono, y de preferencia a los pobres campesinos y gente indígena, hasta que los ricos vuelvan a reconocer y aprovechar sus ventajas! La vía férrea, él la comenzó con sabia previsión, de modo que fuese manantial de riqueza

y no causa de ruina y esclavitud. El telégrafo, él lo tuvo ya traído y preparado, cuando le asesinaron. La agricultura y las industrias fueron impulsadas y protegidas por él, y no será la más pequeña de las utilidades que proporcionó a su país la introducción atinada y oportuna del eucalipto traído de Australia: árboles gigantescos y de pronto crecimiento visten ya nuestras campiñas antes desnudas, y suministran abundante leña y madera a las ciudades y aldeas vecinas. De todo se preocupaba, nada le cogía desprevenido: en la capital por sí mismo, en las provincias por medio de agentes en general bien escogidos y que habían de amoldarse a su modo de ser, buscando como asegurar a la par que el orden y la moral, alguna mejora material siquiera. Y el pueblo desacostumbrado a ver semejante anhelo por el bien público, comprendió de hecho lo que es un buen go-

bierno, y no podrá jamás olvidarlo y a él volverá los ojos para juzgar a los posteriores.

Hé allí en suma la misión providencial de García Moreno; mostrar prácticamente a su patria, y aún a todo el mundo civilizado, cómo los principios católicos, la ley de Dios y el amor a la Iglesia se compaginan de suyo perfectamente con el progreso y la prosperidad de los pueblos; cómo el *Reinado Social de Jesucristo* ahuyenta el error y la corrupción, trae consigo la justicia y la paz, ilumina las inteligencias, fortalece las voluntades, hace prosperar las ciencias, las letras y las artes, multiplica las virtudes y las buenas obras en el orden, en la genuina libertad, en la sincera fraternidad; y es feliz el pueblo cuyo único Señor es su Dios: *Beatus homo cujus Dominus Deus ejus.*

Desde que se posesionó del mando, García Moreno ya no vivió sino para el bien de su

pueblo, sin perdonar fatigas ni desvelos, olvidado de sí mismo y exponiendo más de una vez su propia vida. Y en su segunda administración, endiosándose más y más, pedía luces sobrenaturales a la oración diaria, fortalecía su alma con el Pan de los fuertes; y así unido con Dios, comenzaba esa jornada suya admirablemente llena de pensamientos geniales y fecundos, de palabras de verdad, autoridad y piedad, de labor intensa y varia, de inagotable paciencia. Y, con todo, al terminar el día, humillábase delante de su Dios crucificado y reconocíase siervo inútil que nada podía hacer sin el auxilio de su Señor; y este le sostenía y consolaba; y en sus manos depositaba bienes de toda clase, para que una vez más se cumpliera el oráculo evangélico: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura.* Nunca jamás se cumplió mejor esta palabra infalible

que en el Ecuador, en la época de García Moreno.

Modelo incomparable de gobernantes, nadie como él comprendió en que consiste la grandeza y felicidad de la República, y nadie la persiguió con más tesón y logró conseguirla, cuanto en lo humano era posible. Pudo equivocarse en alguno de los medios empleados, pero él mismo, una hora antes de su muerte, dejó estampadas, más que con la tinta de su escritorio con la sangre de sus venas, estas bellísimas e inolvidables palabras que son como su testamento y el adiós a su pueblo. No nos cansaremos de repetir las; son los últimos sentimientos de nuestro Héroe inmortal en la tierra: *Si he cometido faltas, os pido perdón mil y mil veces, y lo pido con lágrimas sincerísimas a todos mis compatriotas, seguro de que mi voluntad no ha tenido parte en ellas. Si al contrario creéis que en algo he acertado,*

atribuídlo primero a Dios y a la Inmaculada dispensadora de los tesoros inagotables de su misericordia, y después a vosotros, al pueblo, al ejército y a todos los que en los diferentes ramos de la administración me han secundado con inteligencia y lealtad en el cumplimiento de mis difíciles deberes.

Si el sacrificio de la propia vida es la mayor prueba de amor, según la definió nuestro amantísimo Jesús poco antes de ascender a la cruz, su fiel lugarteniente García Moreno el Grande amó tanto a su Patria y a la Iglesia, que no vaciló en ofrendar gustoso su vida por ellas, y selló con su sangre...diré mejor, infundió toda su sangre en la regeneración del Ecuador.

Espira Jesús en la cruz, y sus atroces enemigos creen haber triunfado, silenciando su doctrina y acabando con su obra. ¡Miseró engaño!...su muerte es al contrario la condición ine-

ludible de su gloriosa resurrección, de su victoria definitiva, que le entroniza en los cielos a la diestra del Padre y le hace reinar por los siglos de los siglos.

García Moreno, hombre providencial, cae bajo el machete del asesino impelido sin saberlo más que por su venganza, por la pasión política desatentada y por el odio infernal de la secta; pero su inmólación es el pedestal incommovible de su gloria en la tierra, y le entreteje—como lo esperamos sin recelo—su corona inmortal y le circunda la aureola del mártir en el cielo, desde donde él vigila siempre por nosotros, intercede por su patria y la auxilia, con poder mayor que el de aquí abajo: no ha perdido tampoco el derecho de convocarnos y exhortarnos: «Acordaos de mí, nos clama desde lo alto. no para inútiles lamentos o varias recriminaciones, sino para dar testimonio de vuestra fe y no abatir la bandera de Cristo y

sostener su reinado en nuestra República. No imitéis mis faltas personales, sino lo que yo hice inspirado, guiado y fortalecido por Dios. Amigos míos, compatriotas míos, postraos humildes ante su Majestad, adoradla y pedidle perdón de vuestras culpas; pero luego resueltos levantaos a combatir por la Religión y la Patria, obedeced y amad a la Iglesia de Cristo, como yo la obedecí y amé, uníos estrechamente con vínculos de caridad fraterna; si es verdad que todos sois admiradores y partidarios míos, sacrificad vuestros egoísmos, vuestros rencores, dad algo de vuestros bienes, de vuestro tiempo y de vuestra persona, para sostener mi obra providencial, la regeneración católica del Ecuador. En alto, pues, los corazones: cumplid vuestro deber, católicos ecuatorianos, y Dios que me suscitó a mí para dar comienzo a esta magna obra, la continuará y llevará a cima por medio de vosotros: *Adelan-*

te! Adelante! por Dios y la Patria.

Gracias mil y mil veces, oh Dios mío, por esta voz de concordia y aliento que nos viene del pie de vuestro eterno solio: el Ecuador entero se ha estremecido al escucharla, porque siente que el alma inmortal de García Moreno palpita en sus entrañas y puede salvarlo de sus enemigos internos y externos, pues la misión de los hombres providenciales no acaba con su muerte. Gracias Señor, por habernos dado, hace un siglo, al niño que, andando los años, había de glorificaros tanto, ser el mejor hijo de la Patria, el caudillo de su pueblo y el gran Presidente católico de la América republicana. *Parvulus natus est nobis, et filius datus est nobis, et factus est principatus super humerum ejus.*

Gracias, oh Dios mío, porque en designio de misericordia escogiste nuestro país en la mitad del Nuevo Mundo, y de él sa-

de la causa católica lejos del suelo de su amada Patria. Entra de nuevo en el campo de batalla, y ya no es la pluma su arma de defensa, sino la espada que ciñe con tanto denuedo y arrojo, que casi raya en temerario.

Testigos elocuentes, señores, de la intrepidez de ese hombre extraordinario, el asalto a Guayaquil, que mata de un solo golpe a la revolución intestina, y el desastre de una escuadra formidable con un mal equipado barco en la célebre jornada de Jambelí. Y basta, señores, apuntar estos dos hechos, para confesar sin embozo que García Moreno como soldado defensor de su patria, estaba pronto en sus aras a vender cara su vida, antes que verla mancillada.

¡Oh humana injusticia! dobla tu rodilla ante la tumba del héroe. Inclina tu osada frente y al menos guarda silencio, ya que la envidia y el despecho no te permiten rendir homenaje al valiente

defensor de la República ecuatoriana.

Pero continuemos, señores, y hasta la evidencia manifestemos al mundo entero, que García Moreno amaba hasta el delirio, si es dado hablar así, a su patria natal. No soy yo quien lo afirmo, es el Congreso de esa nación, hoy triste y desolada por la muerte de su fiel servidor, quien habla en estos términos:

«Había despedazado ya la cabeza y los brazos al monstruo de la guerra, y la conciencia le advirtió que había sonado la hora de la regeneración ecuatoriana: fija, pues, audaz mirada en el cadáver de la República, ¡ónelo de pie, infúndele su vivífico aliento, le habla con patriótica fe y la República vuelve a la vida, responde al llamamiento del genio y anda!»

Basta, señores, basta. ¿A qué evocar nuevos testimonios? ¿Qué voz más autorizada que la que estampa ese grandioso elogio y pone sobre la frente del héroe la

aureola del genio, de ese genio que dice como otro Lázaro muerto *exi foras* a una nación convertida en fétido cadáver por la anarquía y el desastre: «Sal del sepulcro y anda!»

¡Oh! no sé si pueda decirse más, y este documento solemnue y público de un Senado respetable que invita a todo un pueblo a gemir la desgracia de su patria, me ahorra de enumerar aquí los monumentos que preconizan las glorias de García Moreno.

No necesito, señores, deciros que García Moreno completó en los dos últimos años de su glorioso gobierno el número de 93 escuelas para el público y que en sus espaciosas aulas reciben educación treinta y dos mil niños. Tampoco necesito recordaros que al lado de costosos caminos, atrevidas calzadas, bellos edificios para la educación secundaria y cómodas cárceles, su mano inquebrantable abrió allí asilos para la orfandad, hospicios para la vejez, hospitales

para el dolor y santuarios para el culto de Dios.

¡Ah! señores, y todos esos seres que recibían la luz y la vida de ese astro bienhechor, han quedado sumidos en la orfandad. Nube de sangre empañó su brillo y pesada losa le oculta para siempre en las tinieblas del sepulcro.

Mas, qué importa ¡gran Dios! cuando la cruz que ponemos sobre las tumbas de los que van adelante, camino al cielo, nos dicen que eres Tú nuestra esperanza en la tierra de los vivos. Y vosotros, seres queridos del padre bondadoso que os abrió esos asilos de la misericordia, ángeles de la tierra que os vestís de luto sin conocer vuestra desgracia, huérfanos, viudas, menesterosos, hijos todos del dolor y del infortunio, ya que habéis agotado el cáliz de la amargura para llorar tamaña desgracia, cese vuestro llanto y empiece desde luego vuestra plegaria. El padre de todos que está en los cielos os oye y os bendice, Orad por el que

fue con vosotros misericordioso; clamad por la eterna paz de su alma con unísona y ferviente plegaria, y suya será sin duda la eterna ventura, porque escrito está con infalible promesa: *Beati misericordes quoniam misericordiam consequentur.*

Hé aquí, señores, el tributo de la patria: las lágrimas del dolor y la plegaria de la esperanza. García Moreno, como mandatario que amó de corazón a su patria, ha recibido ya su merecida recompensa.

III

Mas, ¿por qué nosotros enviamos también con nuestro sentido pésame a la República del Ecuador, una lagrima a esa lejána tumba? Es acaso porque García Moreno tenía especial predilección por nuestro caro Chile, cuyos progresos aplaudía siempre con entusiasmo? Se trata sólo de compartir el dolor de dos pueblos que se

conmueven juntos por un mismo pesar?

No es por esto sólo, señores, y me complazco en decíroslo como hombre y como sacerdote.

García Moreno era un mandatario eminentemente cristiano. y como tal supo siempre amar, respetar y obedecer a la Iglesia católica. Es este el más alto timbre de su gloria inmortal. Al hombre de fe viva, al intrépido defensor de la causa de Dios, al creyente que no se avergonzaba del Evangelio y que proclamó bien alto la libertad de la oprimida esposa de nuestro Señor Jesucristo, contra la cual se complotan hoy como ayer los grandes de la tierra, rendimos los sinceros católicos este homenaje de gratitud.

Y permitid un recuerdo los que extrañais estas manifestaciones y estos honores pagados a un extranjero ilustre. Nosotros los católicos, en nuestra fe y en nuestro amor, no estamos circunscritos a los mezquinos horizontes, que los mares

y las montañas o los ríos fijan a los pueblos, para dividirse en porciones más o menos extensas en este globo de arcilla. Nó; la Iglesia católica es la gran familia de Dios, padre común de todos los que le adoran y bendicen; somos hermanos; el orbe entero es nuestra patria, y más allá sólo esperamos una patria común, más vasta y más inmensa que los espacios habitados. Como católicos en los grandiosos intereses del porvenir, que se rozan con nuestra frágil existencia, reconocemos una autoridad suprema, que acatamos y reverenciamos como al Dios que representa.

Esta autoridad la tiene en su más alta potencia un hombre solo, Sumo Sacerdote, Vicario de Cristo, cabeza Visible de la Iglesia y padre común de la gran familia católica, esparcida por todos los ambitos del mundo. Este hombre grande, invencible, centro del amor y de la fe de todos los creyentes, es el Soberano Pontífice, hoy

Pío IX, por sus sufrimientos y por sus lágrimas, el más grande de los grandes de la tierra.

Cuando un mandatario cristiano sale a la defensa de esa Iglesia perseguida, y protesta en alta voz sin humanos miramientos contra los que encadenan y oprimen a su soberano espiritual, los católicos sinceros de todo el orbe le salimos al encuentro y cubriendo de flores su camino, le decimos con unísono aplauso: «Has hecho bien, hermano nuestro, defendiendo a la Iglesia, has defendido a nuestra buena madre, y protestando contra los opresores del Sumo Pontífice, has interpretado nuestros votos y has llevado nuestras protestas a los pies de nuestro Santo Padre».

Y García Moreno ha sido el único soberano que en los días aciagos porque atraviesa la Iglesia de Dios, ha tenido el noble coraje de dar al mundo esta prueba de respeto y adhesión a la causa católica. Ved ahora si es justo nuestro

duelo y merecidos los homenajes que tributamos a su memoria.

¡Oh! fiel servidor y leal soldado de la más justa de las causas que ampara sobre la tierra el derecho eterno del Altísimo! Para colmo de tu gloria permite un grato recuerdo antes de terminar tu merecido elogio.

Cuando todos los poderosos que rigen los destinos de los pueblos piden, o duras cadenas o vergonzoso divorcio para la Iglesia de Dios, tú solo, al asumir el mando de tu querida patria, tronchaste de un solo golpe las que ataban a la Iglesia del Ecuador, y la uniste a tu corazón de mandatario como a carísima e idolatrada esposa. Hoy ella riega tu tumba con el agua de la purificación.

Cuando todos los soberanos del mundo llaman extranjero al ilustre Pío IX, que te honró con el título glorioso de amadísimo hijo, tú solo, quizás el más pequeño en fuerza material, pero sin duda el más poderoso en la fuerza de tu

magnánimo corazón, alzaste tu voz para decirle: «Nó, no eres extranjero en mi patria, eres mi padre y mi rey, y contra la usurpación injusta yo elevo, aunque humilde, mi protesta». Hoy del corazón la cerado de tu anciano padre se elevará al cielo por tu alma una plegaria de amor y de sus ojos caerá sobre tu tumba una lágrima de gratitud. Que los ángeles la presenten ante el trono de Dios.

Cuando en otros pueblos, en fin, que se llaman grandes por el saber y la fuerza de sus gobiernos se destierra a los obispos, se persigue a los sacerdotes y se lanza de su hogar a las vírgenes indefensas del Señor, que han hecho al pie del altar juramento de enjugar las lágrimas del desgraciado, tú, en tu patrio suelo, promovías la fundación de nuevas diócesis, enviabas a los pobres, predicadores del Evangelio, y abrías nuevos asilos a esos ángeles de paz. Hoy todos ellos, inocentes y puros, ag por tí y dicen a Dios con

ardiente plegaria: «Abre, Señor, las puertas del cielo al que fue nuestro padre y nuestra providencia en la tierra.

Y ese hombre, señores, ¿qué recompensa ha merecido por su celo y desprendimiento en defensa de la más noble y sagrada de las causas? ¡A! no me lo preguntéis; ahorradme tamaño sacrificio.

Sólo os diré para nuestro común consuelo aquella palabra de inevitable esperanza que encuentra todo cristiano a la subida del calvario de la vida: *Beati qui persecutionem patiuntur propter justitiam*. Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia.

Ese hombre, señores, ha caído herido por la espalda y sin poder estorbar como valiente los golpes de aleve traición. Mientras inclinaba su frente delante del altar y quizás oraba por sus perseguidores sonó la hora de su fin en los decretos del Altísimo. Llevaba sobre su pecho, en un último mensaje

de despedida al Congreso de su patria, un humilde perdón por si hubiera cometido algún desacierto en su gobierno, y al salir del templo encontró ¡ay! horrenda muerte. El ángel de las tinieblas esgrime también su puñal por mano del hombre y lo clava en el corazón cuando es necesario para un pueblo sangre redentora.

Sine sanguinis effusione non fit remissio, ha dicho el Apóstol. «No hay redención sin efusión de sangre». Mas, no es sangre de un tirano la que se ha vertido, nó, es sangre de un héroe. ¡Alzate pueblo ecuatoriano, álzate! dinos en nombre de aquel rey que lloró la traición de Joab sobre los miembros despedazados de su antiguo y valiente soldado Abner: *Non ut solent mori ignavi mortus est*. Nó; lo dice el gemido de un numeroso pueblo, voz que apaga la muerte, voz que clama al cielo y que se esparce por todos los pueblos de la tierra:—«Nó, García Moreno no ha muerto como mue-

ren los cobardes. Ni sus manos han sido atadas ni sus pies cargados de cadenas. Nó, lo repetimos al borde de su tumba, cayó como caen los valientes delante de los hijos de la iniquidad». ¡Sangre del héroe! vertida en defensa de la justicia y del honor de la causa católica, clama, clama al cielo; no para la ruina sino para la exaltación de la fe, que ilumina la frente de todo hombre que viene a este mundo. ¡Semilla divina plantada en el suelo de América, fructifica y crece a la sombra de la Cruz! extiende como árbol fecundo tus benéficas ramas y haz que bajo hermoso follaje busquen seguro asilo la paz, la justicia, el amor y todas las virtudes que engendran y desarrollan el heroísmo cristiano.

Y nosotros, señores, aprendámonos en este doloroso ejemplo, al pie de esta ara santa, a lidiar y vencer en las nobles y gloriosas batallas del Señor Dios de los ejércitos,

Unamos, entre tanto, nuestras preces a la oración universal de la Iglesia nuestra madre, y al Dios de Eucaristía en cuya presencia elevó su última plegaria el fervoroso cristiano, pidámosle que selle esa tumba abierta por nefando crimen con esta inscripción de eterno amor: *Beati mortui qui in Domino moriuntur*. «Bienaventurados los muertos que duermen en el Señor.

Así sea.

Oración Fúnebre

*en elogio de don Gabriel García
Moreno, Presidente del Ecuador,
pronunciada por el Pbro. don
Mariano Oasanova, gober-
nador eclesiástico de Valparaíso,
en las solemnes exequias
que se celebraron en la Catedral de
Santiago, el 7 de octubre
de 1875.*

*Et dedit se ut liberaret
populum suum et acquire-
ter sibi nomen aeternum.*

Y se ofreció a sí mismo
para librar a su pueblo
ganando un nombre eter-
no. (I. Macab VI 44.)

Ilmos. señores:

¿Qué extraordinaria desgracia,
qué tristísimo acontecimiento, o
qué acerbo dolor os reúne aquí,
señores, cubiertos de luto y lleno
de amargura el corazón, en los
momentos en que la patria con-
templa sus progresos y eleva tro-
feos de felicidad y grandeza? ¿Por
qué el santuario está de duelo,
por qué ha huído la alegría; y los
fúnebres cantos y las sentidas
plegarias han sucedido a los him-
nos de regocijo? ¿Qué hay de
co.nún entre nosotros y esa silen-

ciosa tumba? ¿No es acaso el nombre de un extranjero el que está escrito sobre esa losa sepulcral?

Ah! señores, la grandeza no tiene patria y todo el orbe le rinde culto; y a la luz de esas teas fúnebres y en medio de esos tristes despojos de la muerte, yo veo resplandecer un nombre inmortal. Esta tumba ha sido erigida en honor del patriotismo cristiano; y venimos a pagar ante ella un justo tributo de admiración y a llorar un enorme crimen que ha manchado la historia de nuestro continente y empañado el honor de una república hermana. Ora seáis amigos, ora adversarios de la víctima del Ecuador, tendréis que convenir desde luego conmigo en que algo de grande y de extraordinario la rodea; porque la América se ha puesto de pie al sentir sus ayes de agonía y ha detenido su marcha para contemplar horrorizada la sangre inocente vertida por el crimen. A la vista de ese cadáver, unos han derramado so-

bre él torrentes de lágrimas como en la muerte de un padre querido, bendiciendo su memoria; otros han lanzado destemplados gritos de una alegría inexplicable y de un deseo ya satisfecho, maldiciendo su puro nombre. ¿Cómo avenir sentimientos tan opuestos, un amor tan entusiasta con un odio tan profundo? si esa tumba sólo encerrara los despojos de un hombre tan vulgar? A ese hombre no se le desprecia, se le teme aun cuando sólo quede de él un recuerdo: como que el mérito extraordinario, siempre envidiado o estimado, ha de acarrear poderosos enemigos o entusiastas admiradores.

Que todo, pues, el que sepa lo que es honor y dignidad humana; que cuantos sientan en sus pechos las delicadas emociones del verdadero patriotismo; que cuantos amen ardorosamente a su religión, se inclinen con respeto delante de esa tumba y rueguen a Dios por el eterno descanso del bienemérito

Presidente del Ecuador, señor don Gabriel García Moreno. La gloria que le rodea se proclama por sí misma y ninguna voz mortal alcanzaría a articular debidamente el himno de admiración que sentimos rezonar en nuestros corazones.

Los hombres grandes no mueren aun cuando caiga su cuerpo despedazado por duro hierro. Ellos empiezan a vivir desde el momento en que el tiempo termina. Cuando la eternidad se ha sentado con todo su peso sobre la losa que cubre sus restos, aparece sobre su pedestal la gran figura del héroe, luminosa y transparente con los rayos de la inmortalidad. La patria pronuncia entonces su sentencia: le decreta los honores de la grandeza, e imprime su nombre en el bronce o en el mármol, diré mejor, en el corazón agradecido de los pueblos

¿Y quién con más justicia que el malogrado Presidente del Ecuador, merece la humana alabanza, los honores de la gloria y ese eter

no nombre ganado a fuerza de tantos sacrificios? ¿Quién, señores, con mejor título que ese hombre, a quien los representantes de su nación acaban de declarar *el más grande entre los hijos del Ecuador; vigoroso gigante que sustentando en los hombros todo el peso de la República, infatigable y animoso, subía la escarpada pendiente del progreso y de la gloria?* Ese hombre, que en medio de la cobarde apostasía de los Gobiernos contemporáneos repetía de rodillas a Jesucristo aquellas palabras del príncipe de los apóstoles, *etsi omnes scandalizati fuerint in te, ego nunquam scandalizabor*, aun cuando el mundo entero te abandone, yo siempre te defenderé? ¿Qué se ha hecho ese severo censor con sus ejemplos de las flaquezas y miserias que vemos en todas partes? *Cómo ha caído ese hombre poderoso que salvaba a su pueblo?* ¿Dónde está, Dios mío, el ardoroso guardián de vuestra casa, el defensor de la